

## **Tuve este extraño sueño de nuevo anoche**

John Wilkes Booth se levantó la mañana de Viernes Santo, 14 de abril de 1865, deprimido y con resaca. La Confederación estaba muerta. Su causa estaba perdida y sus sueños de gloria destrozados. No sabía todavía que ese mismo día, después de soportar malas noticias y dolorosos desengaños durante más de una semana, la fortuna iba a sonreírle. No, todo lo que sabía esa mañana, cuando se arrastró fuera de la cama de la habitación 228 del Hotel Nacional —uno de los mejores de Washington y, naturalmente, su favorito—, era que no se veía con fuerzas de soportar ni un solo día más de celebraciones de la victoria de la Unión.

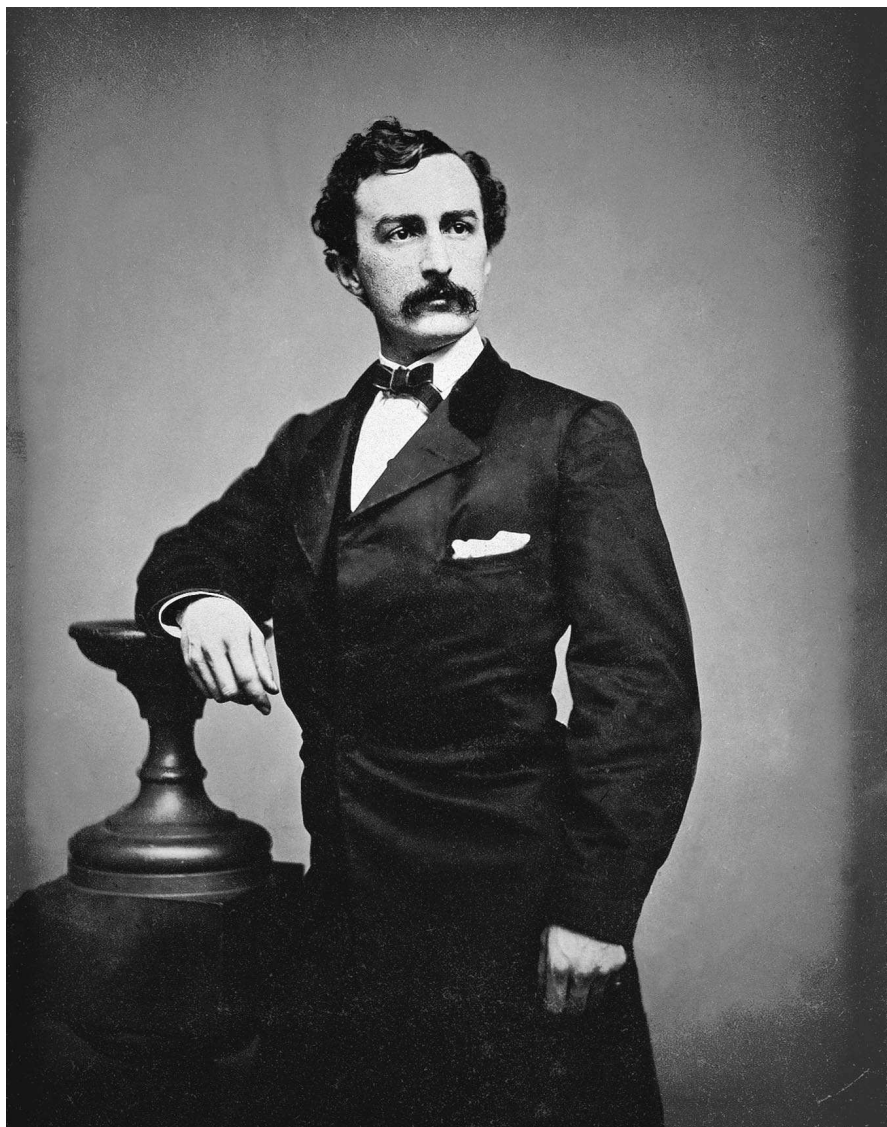
Booth asumió que el 14 de abril sería otro más de la serie de días horribles que se habían sucedido desde el 3 de abril, cuando Richmond, la ciudadela de la Confederación, había caído ante la Unión. Al día siguiente el tirano, Abraham Lincoln, había visitado el premio capturado y tenido la audacia de sentarse tras el escritorio del primer y último presidente de los Estados Confederados de América, Jefferson Davis. Para colmo, el 9 de abril, en el juzgado de Appomattox, Robert E. Lee y su glorioso ejército de Virginia del Norte rindieron sus armas. Dos días después Lincoln pronunció un discurso proponiendo conceder a los negros el derecho al voto y ayer noche, 13 de abril, todo Washington celebró la victoria con una gran iluminación de la ciudad. Y hoy, en el puerto de Charleston, la Unión tenía previsto celebrar una gran gala para conmemorar la reconquista de Fort Sumter, que tuvo lugar cuatro años antes, al comienzo de la guerra. Estos últimos once días habían sido los peores de la joven vida de Booth.

Era hijo del legendario actor de teatro Junius Brutus Booth y hermano de Edwin Booth, uno de los mejores actores de su generación. Tenía 26 años, una vanidad infinita, era gallito, emocionalmente exuberante, poseía talento bruto y mucho brío, y era uno de los miembros estrella de esta famosa familia de tea-

tro —los Barrymore de su tiempo—, pero John Wilkes Booth estaba dispuesto a abandonar fama, riquezas y una prometedor carrera para servir a la causa. Atractivo y carismático, miles de seguidores conocían su rostro tanto en el Norte como en el Sur. Su belleza física asombraba a todos cuantos la contemplaban. Un colega actor lo describió de la siguiente manera: «Imagínate a Adonis, con una frente elegante, ondulante cabello negro, una figura de perfectas proporciones juveniles y los ojos negros más bellos del mundo. Ése era John Wilkes Booth. Esos ojos eran su rasgo más característico en todo momento, pero cuando se encendían de emoción, eran como joyas vivas». Entre las pasiones se Booth se contaban vestir bien, las mujeres encantadoras y el romanticismo de las causas perdidas.

El día de Booth empezó en el comedor del National, donde se le vio desayunar con la señorita Carrie Bean. No había nada de extraño en ello, pues Booth, muy versado en mujeres jóvenes, nunca tuvo problemas para encontrar compañía femenina. Cerca de mediodía paseó hasta el Teatro Ford, en la calle Décima, entre la calle E y la calle F, una manzana más allá de la avenida Pennsylvania, para recoger su correo. Uno de los tradicionales privilegios que el Teatro Ford otorgaba a los actores itinerantes amigos de la casa era aceptar el correo dirigido a ellos, puesto que carecían de casa en la ciudad. Esa mañana, más temprano, Henry Clay Ford, uno de los tres hermanos que dirigían el teatro, se acercó después de desayunar a la gran oficina postal de mármol que había en la calle Séptima con la F y recogió el correo. Había una carta para Booth.

Esa misma mañana llegó otra carta al teatro. Su remitente, Mary Lincoln, no tuvo tiempo de franquearla, así que utilizó al mensajero del presidente para saltarse la oficina postal y que se entregara en mano. Los Ford no necesitaron leer la nota para saber que eran buenas noticias. ¡La mera aparición del mensajero de la Casa Blanca les anunciaba que el presidente iba a acudir al teatro esa noche! Era un golpe tremendo a su principal rival, el teatro Grover, que ofrecía un espectáculo más entretenido: ¡*Aladino! O su lámpara mágica*. El pequeño Tad Lincoln y quien le hiciera de niñera representarían a la familia allí. La carta, una vez abierta, desveló nuevas todavía mejores. Efectivamente, el presidente y la señora Lincoln asistirían esa noche a la representación de la popular aunque un poco gastada comedia *Nuestro primo americano*, de Tom Taylor. Pero la gran sorpresa era que a los Lincoln les acompañaría el general Ulysses S. Grant. Los Ford estaban encantados con el momento que habían elegido los Lincoln. La noche del Viernes Santo acostumbraba a ser muy floja y la noticia de que asistirían a la función no sólo el presidente —al que los washingtonianos ya estaban acostumbrados después de cuatro años—, sino también el general Grant, que rara vez aparecía por la ciudad y que acababa de



John Wilkes Booth en la cúspide de su fama.  
(«Los ojos negros más bellos del mundo.»)

conseguir la gran victoria de Appomattox, iba a disparar la venta de entradas. Una de las más felices sería Laura Keene, que esa noche celebraba sus mil representaciones de la obra, por lo que la sesión tradicionalmente se consideraba especial y a la actriz le correspondía una parte significativa de los beneficios. Los Lincoln tuvieron la delicadeza de avisar a los Ford de su asistencia con el tiempo suficiente para que estos últimos pudieran publicitar su visita y decorar y unir los dos palcos —el siete y el ocho— que, mediante la eliminación de un simple panel de separación, formaban el palco presidencial.

Para cuando Booth llegó al Ford el mensajero del presidente se había marchado. En algún momento entre mediodía y las 24.30, mientras estaba sentado en el último escalón de la entrada principal del teatro leyendo su carta, Booth se enteró de las excitantes noticias. En tan sólo ocho horas el causante de todos sus desvelos, el objeto de todos sus odios y conspiraciones, estaría en esos mismos escalones de piedra en los que ahora estaba él sentado. Era el catalizador que Booth necesitaba para pasar a la acción. De entre todos los lugares posibles, Lincoln iba a acudir precisamente a allí. Booth conocía perfectamente el interior del Ford: el punto exacto de la calle Décima en el que Lincoln saldría de su carruaje; el lugar en el que el presidente se sentaba cada vez que acudía al teatro; la ruta que recorrería Lincoln en el interior del teatro y la escalera por la que subiría a su palco; el oscuro pasaje subterráneo bajo el escenario; el estrecho pasillo tras el escenario que llevaba a una puerta trasera que daba al callejón Baptist, y sabía también que el palco del presidente quedaba directamente encima del escenario. Booth había actuado muchas veces en aquella casa, la última vez el 18 de marzo, representando el papel de Pescara en *El apóstata*.

Y Booth, aunque jamás la había representado, también conocía *Nuestro primo americano*. Sabía cuánto duraba, cómo eran sus escenas, sus papeles y, lo que era más importante, el número de actores que habría sobre el escenario en cualquier momento de la representación. Era perfecto. No necesitaba dar caza a Lincoln. El presidente venía a él. Pero ¿tenía tiempo para todos los preparativos necesarios? La lista era larga: caballos; armas; víveres; avisar a los cómplices de la conspiración; vigilar el teatro y muchas cosas más. Quedaban sólo ocho horas. Pero era posible. Si la suerte le acompañaba, el tiempo era justo, pero suficiente. Quien quiera que le contó a Booth que el presidente iba a pasar la velada en el teatro había, sin saberlo, puesto en marcha en su mente un reloj imaginario que, incluso mientras permanecía sentado en el escalón del Ford, leyendo su carta y riendo en voz alta, marcaba el paso minuto a minuto. Tenía mucho trabajo esa tarde.

En la Mansión del Ejecutivo, Abraham Lincoln desayunó con su familia y planeó las actividades del día. El hijo mayor del presidente, Robert, suboficial del equipo del general Grant, había regresado a casa del frente. Robert había estado en Appomattox y su padre estaba ávido por conocer de primera mano detalles de la rendición de Lee. Lincoln había concertado una reunión con Grant a las 9.00 en la Casa Blanca, pero quería tener tiempo para hablar con calma con Robert, así que pospuso la reunión y envió un mensajero al Hotel Willard con una nota escrita a mano para su huésped más especial: «General Grant, por favor, acuda a las 11.00 de hoy en lugar de a las 9.00 acordadas ayer noche. Cordialmente, A. Lincoln». El presidente decidió que Grant se uniera a la reunión del gobierno prevista para esa hora.

En la reunión del gobierno Lincoln estuvo eufórico —todos los asistentes, el secretario de Guerra Edwin M. Stanton, el secretario de la Armada Gideon Welles y los secretarios del Tesoro, Interior y Correos, así como el fiscal general— se dieron cuenta de que el presidente estaba de buen humor. Welles, que escribía regularmente en su diario, preservó para nosotros una descripción de aquella reunión. Lincoln esperaba más buenas noticias de otros frentes de guerra.

«El presidente subrayó que las habría, no tenía dudas, y que llegarían rápido y serían favorables, pues la noche anterior había tenido el habitual sueño que había precedido a cada gran acontecimiento de la Guerra. Generalmente las noticias que seguían a ese sueño eran favorables y el sueño en sí era siempre el mismo. Le pregunté cómo era ese sueño tan notable. Me dijo que estaba relacionado con tu (mi) elemento, el agua, que le parecía estar en algún tipo de buque singular e indescriptible y que se movía a gran velocidad hacia una orilla indefinida. Dijo que había tenido ese sueño antes de Sumter, Bull Run, Antietam, Gettysburg, Stone River, Vicksburg, Wilmington, etc.»

El general Grant interrumpió a Lincoln y bromeó diciendo que Stone River no había sido una victoria y que «unas cuantas victorias como esa hubieran sido nuestro fin».

«Tuve», continuó el presidente, «este extraño sueño de nuevo anoche y recibiremos, a juzgar por el pasado, grandes noticias muy pronto. Creo que vendrán de Sherman. Mis pensamientos se encaminan en esa dirección, así como la mayoría de los de ustedes».

Lincoln siempre creyó en el poder de los sueños y en ocasiones llegó a temerlos. El 9 de junio de 1863, mientras estaba de visita en Filadelfia, envió un telegrama urgente a Mary Lincoln a la Casa Blanca previniéndola del peligro que corría su hijo menor: «Será mejor que le quites la pistola a “Tad”. He tenido una pesadilla sobre él». Y en abril de 1848, cuando era congresista en

Washington, escribió a Mary sobre su hijo mayor, Robert: «No logré desembarazarme de la impresión que me causó aquel sueño estúpido sobre nuestro querido Bobby hasta que recibí tu carta».

Terminada la reunión, el presidente siguió con su rutina: recibió a una serie de amigos, peticionarios y suplicantes; leyó el correo y trató de poner al día el papeleo y su correspondencia. Quería dejarlo todo listo hacia las 15.00 para acudir a una cita con su mujer, Mary. Tenía algo que decirle.

En el teatro, Henry Clay Ford escribió un anuncio para los periódicos vespertinos, que saldrían de las rotativas hacia las 14.00. Entregó la nota al *Evening Star* personalmente y envió otra por mensajero a al menos otros dos periódicos. Esa tarde el anuncio apareció en el *Evening Star*: «TENIENTE GENERAL GRANT, PRESIDENTE y señora Lincoln han reservado el Palco Estatal del Teatro Ford ESTA NOCHE, para asistir a *Nuestro primo americano*, protagonizada por la señorita Laura Keene». Hacia la 13.00, Ford salió un momento y le entregó la nota en persona a su vecino, James P. Ferguson, en su restaurante en el 452 de la calle Décima, la siguiente puerta a la del teatro en dirección norte.

«Tu preferido, el general Grant, va a estar en el teatro esta noche y si quieres verlo», le advirtió Ford, «más vale que vayas a comprar una entrada pronto».

Ferguson aprovechó el chivatazo de Ford. «Fui inmediatamente y compré entradas para un asiento que quedaba justo delante del palco del presidente, en la primera fila de la platea.» Ferguson reservó los asientos 58 y 59 en el extremo del teatro, cerca del lado derecho del escenario. El restaurador no estaba interesado en tener la mejor visión de la obra, sino de Lincoln y Grant.

James Ford se acercó al Departamento del Tesoro, a pocas manzanas de allí, a pedir prestadas varias banderas para decorar el palco del presidente. De regreso al teatro, cargado con un montón de brillantes banderolas de seda y algodón, se encontró con Booth, que acababa de marcharse del Ford, en la esquina de la Décima y Pennsylvania. Intercambiaron un par de frases amables y ambos siguieron su camino. Aquellas banderas rojas, blancas y azules le confirmaron a Booth que el presidente iba a visitar el teatro esa noche.

Unas pocas manzanas más allá, en la calle D, casi con la Séptima, en J. H. Polkinhorn e hijo, Impresores, los operarios de la imprenta empezaron a colocar los tipos para imprimir el anuncio de la representación de esa noche. En cuanto los repartidores de periódicos salieron a distribuir las ediciones de los diarios vespertinos y nocturnos, el anuncio de *Nuestro primo americano* atrajo la atención de muchos washingtonianos deseosos de ver al general Grant.

El doctor Charles A. Leale, un cirujano de 23 años del ejército de Estados Unidos de servicio en el pabellón de oficiales heridos del Hospital Armory Square de Washington, se enteró de que el presidente Lincoln y el general Grant asistirían a la obra. Decidió ir él también. Tres días antes, la noche del 11 de abril, Leale, mientras paseaba por la avenida Pennsylvania, se encontró con una multitud que caminaba hacia la Casa Blanca. La siguió hasta allí y llegó justo cuando Lincoln empezaba a hablar. Leale se emocionó: «Pude oír con claridad cada una de las palabras que pronunció y me impresionó profundamente la apariencia divina que tenía allí en pie entre los rayos de luz que salían de las ventanas». La noticia de que Lincoln iba al Teatro Ford provocó en el cirujano «un intenso deseo de volver a contemplar otra vez su rostro y de estudiar los rasgos del “salvador de la patria”».

Adornaron el palco de Lincoln en el Ford con banderas y con un grabado de George Washington. El responsable de la taquilla abrió su ventanilla a las 18.30 y se dispuso a recibir un alud de compradores.

Más tarde testigos recordarían haber visto a Booth en diversos puntos de la ciudad ese día, pero ninguno de sus movimientos despertó sospechas. ¿Por qué iban a despertarlas? Nada de lo que Booth hizo esa tarde se salió de lo normal. Habló con gente en la calle. Dispuso lo necesario para recoger el caballo que había alquilado. Entre las 14.00 y las 16.00, cabalgó hasta el restaurante de Ferguson y se detuvo justo frente a la puerta principal. Ferguson salió al porche y se encontró a su amigo a lomos de una pequeña yegua zaina. James L. Maddox, tramoyista del Ford, estaba en pie junto a la yegua, acariciándole la crin con una mano y hablando con Booth. «¡Mira qué caballo más bueno tengo!», fanfarroneó el actor. Ferguson salió para examinar al animal más de cerca. «Ahora mirad esto», dijo Booth, «¡corre como un gato!». Con ello, observó Ferguson, Booth «clavó las espuelas al caballo y salió galopando calle abajo».

Alrededor de las 16.00, Booth regresó al Hotel National, fue al mostrador de recepción y charló con los recepcionistas George W. Bunker y Henry Merrick. Tres días después, un reportero del *New York Tribune* describió el encuentro:

Apareció en el mostrador [...] un poco nervioso y pidió una hoja de papel y un sobre. Estaba a punto de empezar a escribir cuando pareció ocurrírsele que alguien a su alrededor podría leer lo que ponía en su carta y, acercándose a la puerta de la oficina, pidió que le dejáramos entrar. Dentro de la oficina empezó inmediatamente a escribir su carta. No había escrito más que unas pocas palabras cuando preguntó muy serio: «Merrick, ¿estamos en 1864 o 1865?» «Seguro que estás de broma,

John», contestó el señor Merrick, «sabes muy bien en qué año estamos». «Sinceramente, no lo sé», insistió y, cuando se le dijo, continuó escribiendo. Fue entonces cuando el señor Merrick percibió que Booth parecía preocupado e inquieto, algo muy poco habitual, pues por lo general era un hombre de carácter tranquilo. Tras sellar la carta, se la guardó en el bolsillo y salió del hotel.

Al salir del National, Booth le preguntó a George Bunker si tenía pensado ir a ver *Nuestro primo americano* en el Ford, y le insistió en que fuera: «La función de hoy va a ser espléndida», le dijo.

Cerca de las 16.00, el actor John Matthews, que interpretaba el papel del señor Coyle en la obra esa noche, se encontró con Booth a caballo en la avenida Pennsylvania, en el cruce triangular entre las calles Decimotercera y Decimocuarta, no muy lejos del Hotel Willard. «Nos encontramos», recordó Matthews, «nos dimos la mano y nos deseamos las buenas tardes». Acababa de pasar una columna de prisioneros de guerra confederados levantando a su estela una nube de polvo.

—John, ¿has visto a los prisioneros? —preguntó Matthews—. ¿Has visto a los oficiales de Lee que acaban de traer?

—Sí, Johnny, los he visto. —Booth se llevó una mano a la frente para mostrar su incredulidad y exclamó—: «¡Dios mío, ya no tengo patria!».

Matthew, viendo la «palidez, el nerviosismo y la agitación» de Booth, le preguntó:

—John, te veo muy alterado. ¿Qué te pasa?

—Oh, no, no me pasa nada. Johnny, tengo que pedirte un pequeño favor ¿me lo concederás?

—Por supuesto —contentó Matthew—. ¿De qué se trata?

—Quizá tenga que irme de la ciudad esta noche y tengo aquí una carta que me gustaría que se publicase en el *National Intelligencer*. Te ruego que te encargues de ello en mi nombre a menos que te vea antes de las diez de mañana; en ese caso, me encargaré yo mismo de hacerlo.— Matthews tomó el sobre sellado y se lo metió en un bolsillo del abrigo.

Mientras Booth y Matthews hablaban, Matthews vio al general Grant pasar junto a ellos en un carruaje abierto cargado de equipaje. Parecía que se marchaba de la ciudad.

—Por allá va Grant. Creía que iba a ir al teatro esta noche con el presidente.

—¿Dónde? —exclamó Booth.

Matthews recordó después: «Le señalé el carruaje; miró hacia él, me dio un fuerte apretón de manos y se fue galopando calle abajo en pos de él».



Cuando Booth alcanzó a los Grant y pasó a caballo junto a su carruaje, Julia Grant pensó en algo que había pasado ese mismo día. Estaba comiendo en el Hotel Willard con el general Rawlins —uno de los principales consejeros de Grant—, la señora Rawlins y la hija de los Rawlins, cuando cuatro hombres entraron en el comedor y se sentaron en la mesa de al lado. Uno de ellos no dejaba de mirar a la señora Rawlins y tanto ella como su hija pensaron que aquellos hombres eran «extraños». Ahora, unas pocas horas después, Booth le recordó aquel desagradable incidente al pasar al lado de su carruaje. «Cuando el general Grant y yo íbamos hacia la estación, el mismo hombre moreno y pálido pasó junto a nosotros a pleno galope montando un caballo oscuro [...]. Nos pasó unos veinte metros, dio media vuelta y volvió, y al pasar junto a nosotros y volver a adelantarnos se volvió muy cerca de la cara del general y le lanzó una mirada muy desagradable.» Estaba segura que era uno de los cuatro hombres que había visto en el Hotel Willard.

Ver a los Grant debió disgustar a Booth. Iban, cargados de equipaje, hacia la estación de tren. Se marchaban de la ciudad. Debían haber cancelado su visita al Teatro Ford. Si el general Grant no iba a asistir a *Nuestro primo americano*, ¿habrían cancelado también su asistencia los Lincoln? El telón se levantaría aproximadamente a las 20.30, en menos de cinco horas, y John Wilkes Booth ni siquiera sabía si los Lincoln iban a asistir a la obra ni quién iba a estar con ellos en el palco.

Booth cabalgó hasta el Hotel Kirkwood, donde llevó a cabo el recado más extraño del día. Allí se alojaba el nuevo vicepresidente, Andrew Johnson, ex gobernador militar de Tennessee. Johnson no tenía casa en Washington y el puesto no incluía residencia oficial, así que se alojaba en un hotel. La habitación de Johnson no estaba vigilada y, si Booth lo hubiera deseado, podría haber subido y llamado a la puerta él mismo. Pero no quería ver al vicepresidente. Sólo quería dejarle una nota. Booth se acercó al mostrador de recepción y pidió una pequeña tarjeta de visita. Escribió una breve nota y se la entregó al conserje, que la puso en el cubículo del correo de Johnson. El misterioso mensaje, que pronto se convertiría en objeto de muchas especulaciones, decía: «No deseo molestarle. ¿Está usted en casa? J. Wilkes Booth».

Visitó una pensión en el 541 de la calle H, a pocas manzanas del Teatro Ford, en lo que parecía una inocente visita social a su propietaria, Mary E. Surratt, una viuda de 42 años nacida en Maryland y madre de su amigo John Harrison Surratt Jr., un correo confederado. Durante los últimos meses, Booth había ido en varias ocasiones a la casa de la señora Surratt. Su hijo no estaba allí en esta ocasión —sino por la ciudad trabajando para los rebeldes— y no volvería a casa esa noche. Mary le contó a Booth que esa tarde iba a ir a su

taberna rural en Surrattsville, Maryland, varios kilómetros al sur de Washington, y él le preguntó si le importaría llevar hasta allí un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. Muy oportunamente, Booth lo llevaba consigo.

Pasó algo más. Booth informó a Mary de que esa noche él también se iría de Washington. En algún momento de esa noche, dijo, pasaría por la taberna a recoger no sólo el paquete, sino también las armas, munición y otros pertrechos que su hijo John había ocultado para él allí anteriormente. Booth le pidió a Mary que le dijera al tabernero, John Lloyd —un ex policía de Washington, aficionado a la bebida, al que había alquilado el local— que lo tuviera listo para cuando el actor le visitara esa noche. Ella accedió y al poco tiempo, acompañada por uno de sus pensionistas, Lewis Weichmann, un viejo compañero de escuela de John Surratt, partió hacia Surrattsville en un carruaje.

Booth volvió al Teatro Ford entre las 17.00 y las 18.00, donde Edman «Ned» Spangler, un tramoyista que ayudaba en los cambios de escenario —«carpintero de teatro», según se apodaba él mismo— vio al actor ir a la parte de atrás del teatro por el callejón Baptist, así llamado por la iglesia que en tiempos había ocupado aquel lugar. Spangler conocía a Booth y a su familia desde hacía una docena de años y había realizado algunos trabajos para ellos de vez en cuando, el último de los cuales había sido ayudar al actor a construirse un pequeño establo privado en el callejón tras el Ford, a unos cuarenta y cinco metros de la puerta trasera. Spangler había visto a Booth a lomos de diversos tipos de caballos: esta noche montaba lo que Ned describió como «una pequeña yegua zaina». Booth y Spangler caminaron hacia el establo, donde el actor retiró la silla y la manta de montar amarilla. No le gustaba la pinta de la manta, le dijo a Ned, y añadió que quizá la cambiara por su capa. Booth le pidió a Ned que no le quitara la brida a la yegua. «Es una yegua muy mala», dijo Booth, y debía permanecer embriada. Booth cerró la puerta del establo, se llevó la llave y se fue a beber algo.

En algún momento, lo más probable es que a última hora de la tarde o poco después de oscurecer, Booth se fuera a un lugar apartado, seguramente la habitación 228 del Hotel National, a realizar sus últimos preparativos. Debía cuidar dos tipos de elementos, los prácticos y los psicológicos. Primero, las armas. Booth escogió como arma principal una pistola de percusión de calibre 44 y un sólo disparo que se cargaba por la boca del cañón, fabricada por Henry Deringer en Filadelfia. Era una pistola pequeña, de cañón corto y tamaño de bolsillo, diseñada para la discreción y el secreto, no para el combate, un arma muy del gusto de los jugadores y otras gentes de mal vivir. A diferencia de las pistolas militares —como los revólveres de calibre 44 del ejército marca Colt o

Remington, o como el revólver Colt de calibre 36, más ligero y favorito de la Marina—, todas las cuales podían disparar seis balas antes de recargar, el Deringer sólo podía disparar una. Recargarlo era un proceso laborioso para el que se necesitaban las dos manos durante entre veinte y cuarenta segundos. Booth sabía que su primer disparo iba a ser también el último. Si fallaba, no tendría tiempo de recargar. Puesto que el Deringer disparaba una bala esférica y no la típica bala cónica de los rifles; era especialmente efectivo a corta distancia. La enorme bola del calibre 44, que pesaba casi treinta gramos, era una bala sólida y letal.

Si fallaba el tiro o no conseguía infligir una herida mortal con la pistola, recurriría a la segunda arma que llevaría consigo, un «cuchillo de campamento Río Grande», un cuchillo elegante y extremadamente afilado. Booth nunca explicó por qué prefirió la Deringer a un revólver. Las pistolas a veces fallan. Puede que el percutor de cobre no genere ninguna chispa o que la humedad haya estropeado la pólvora negra del cañón y prenda. Tres décadas antes, el 30 de enero de 1835, Richard Lawrence, un pintor británico loco y sin empleo que tenía delirios de pertenecer a la realeza, fracasó al intentar asesinar a Andrew Jackson frente a la fachada este del Capitolio de Estados Unidos cuando no una, sino las dos pistolas de pólvora y percusión de un sólo tiro que llevaba, fallaron. Pero aunque la pistola de Booth funcionara correctamente, ¿cómo podía estar seguro de que mataría a Lincoln de un sólo tiro? Esa misma noche se estaban emborrachando en las cantinas de Washington muchos veteranos de guerra que habían sobrevivido a múltiples heridas de bala. Y, desde luego, Booth no escogió la Deringer porque no pudiera conseguir un revólver. Ya había comprado al menos cuatro y si no tenía ninguno en su habitación de hotel, podía fácilmente haber salido y comprado otro. En las tiendas de la capital de una Unión en guerra había a la venta miles de armas, entre ellas muchos revólveres ligeros y pequeños, perfectos para ocultar en el bolsillo.

A Booth le gustaban las emociones fuertes y quizá quisiera aumentar el riesgo de su aventura utilizando un arma de un solo disparo. ¿O quizá creyó que sería más heroico, honorable —e incluso caballeroso— abatir a su presa con una sola bala? Quizá prefirió dar un golpe de gracia con estilo que acribillar a Lincoln con seis balazos.

La primavera en Washington era húmeda y dado que Booth sabía que sólo tendría un disparo, probablemente no debió armar la pistola con un percutor de cobre y una carga de pólvora negra hasta última hora de la tarde. Mejor ir sobre seguro que confiar en una carga rancia que quizá llevara semanas deteriorándose en el cañón. Antes de envolver la bala con un retazo de tela y empujarla hacia el fondo del cañón, ¿observó detenidamente la bala en busca

de defectos y se detuvo a pensar cómo aquella pequeña bola de metal de treinta gramos iba a cambiar la historia?

Antes de marcharse del Hotel National, Booth se metió la pistola y el cuchillo en los bolsillos y recogió el resto de sus pertenencias. Esa noche planeaba viajar ligero, sin equipaje. Además de las armas y la ropa —un sombrero flexible negro de fieltro, una levita de lana negra, pantalones negros y unas grandes botas de montar de cuero negro con espuelas que le llegaban hasta la rodilla—, se llevó una brújula en una caja de terciopelo, llaves, un silbato, una agenda, un lápiz, un poco de dinero, un talón bancario o letra de cambio, una pequeña navaja de muelle y unos pocos objetos pequeños, entre ellos unas fotografías del tamaño de una tarjeta de visita (6 × 10 cm.) de cinco de sus novias favoritas. Tendría que dejar atrás su maleta y su gran arcón de viaje; no iba a regresar. Alrededor de las 19.00, George Bunker, el conserje, le vio marcharse del Hotel National por última vez aquel día:

«Habló conmigo y se fue.»

Cuando Mary Surratt y Louis Weichmann llegaron a Surrattsville no encontraron allí a John Lloyd. Había ido a recoger unos comestibles que había encargado. Mary esperó a que regresase. No podía irse sin darle el mensaje de Booth. Cuando Lloyd regresó aparcó su carro cerca de la leñera, bajó y empezó a descargar su cargamento de pescado y ostras. Mary caminó hasta él.

—Habla del demonio y te encontrarás con sus diablillos —se burló de su inquilino.

—No era consciente de ser un demonio.

—Bien, señor Lloyd —continuó Mary una vez segura de que Weichmann no podía oírla—, quiero que tenga listas las armas de fuego; esta noche vendrá alguien a recogerlas.

Le entregó un segundo paquete envuelto en papel de periódico. Los que vendrán por la noche le pedirán esto también, explicó, y, añadió: deles también un par de botellas de whisky. Cumplida su misión, Mary se dispuso a conducir de vuelta a Washington. Pero los amortiguadores delanteros de su carro se habían roto y los muelles se habían separado del eje. Lloyd los ató fuerte con cuerdas, el mejor apaño posible sin tener a mano las piezas de recambio necesarias. Después de que la señora Surratt se fuera, Lloyd siguió sus instrucciones. Llevó el paquete al piso de arriba, le quitó el papel de periódico y encontró los prismáticos de Booth. Luego fue a la habitación a medio construir en la que, varias semanas antes, John Surratt le había mostrado cómo esconder dos carabinas Spencer bajo las vigas. Lloyd las sacó de allí y las puso

en su dormitorio. Había estado bebiendo y estaba cansado. De hecho, confesó luego: «Estaba hasta el cuello de alcohol esa tarde, y esa noche bebí todavía más, así que me fui a dormir entre las ocho y las nueve y dormí como un tronco hasta las doce».

En la casa Herndon, en la esquina suroeste del cruce entre la calle Novena y F, muy cerca del Ford, a eso de las 20.00, Booth presidió un cónclave con los cómplices de conspiración que había reunido durante los meses previos para atentar contra el presidente Lincoln. Seguramente confiaba en que aquella sería la última reunión antes del gran éxito. Habían fracasado al menos una vez antes, y luego se habían dispersado entre sospechas y miedos. Hoy necesitaban prepararse para la acción en menos de dos horas. No era la primera vez que se reunían para atacar al presidente. Desde 1864, el último año entero de guerra de Secesión, la joven estrella del teatro había puesto su dinero, fama y contactos al servicio de un atrevido plan. Tenía la alocada idea de secuestrar al presidente Lincoln, llevarlo a toda velocidad a Richmond, retenerlo allí como rehén de la Confederación y cambiar el curso de la guerra. Los orígenes del complot siguen siendo oscuros. Desde la elección de Lincoln en 1860 hubo varias conspiraciones para secuestrarlo o asesinarlo. Los secesionistas más impulsivos mandaron por correo numerosas amenazas de muerte a Springfield antes de que Lincoln jurara el cargo el 4 de marzo de 1861, y algunos incluso le enviaron cestas de fruta envenenada. En el famoso complot de Baltimore de 1861, los rebeldes de esa ciudad planearon asesinar al presidente electo cuando su tren pasase por allí en ruta hacia Washington para su toma de posesión. Pero el detective Allan Pinkerton desbarató la conspiración convenciendo a Lincoln de que pasase por Baltimore de incógnito horas antes de lo previsto. Otros enemigos de Lincoln amenazaron con asesinarle en la fachada este del Capitolio en cuanto empezara a leer su discurso inaugural. Durante la guerra, varios oficiales del Sur, además de un puñado de oficiales del Servicio Secreto Confederado, consideraron varias acciones contra Lincoln. En cierto momento, John Wilkes Booth se puso en contacto con estos círculos y operativos, en Canadá, Nueva York, Washington D.C., Maryland y Virginia.

Entre 1864 y principios de 1865, Booth organizó su pequeña banda de conspiradores —leales directamente a él y no a Richmond— para atentar contra el presidente. Reclutó a un grupo de personas a las que vistió y alimentó, hartó de bebida y permitió que disfrutaran de su fama y favor. Esperaba de ellos que le siguieran a cualquier parte, incluso si lo que les pedía era el secuestro del presidente de Estados Unidos. Pero en el Washington de tiempos de

guerra era más fácil dejarse llevar por grandes planes que llevarlos a cabo, y todavía en enero de 1865, con la Confederación al borde del abismo, ni una de las diversas conspiraciones simultáneas contra Abraham Lincoln que se habían forjado en la capital se había materializado en una acción decisiva contra Abraham Lincoln.

Booth y sus acólitos —Lewis Powell, David Herold, John H. Surratt Jr., Samuel Arnold, Michael O’Laughlen y George Atzerodt, además de otros cuyo nombre la historia ha olvidado porque salieron de su órbita— se disponían a cambiar ese estado de cosas secuestrando al presidente.

O’Laughlen, nacido en 1834, conocía a Booth desde 1845, pues su familia vivía frente a la de Booth en Baltimore. En 1861, el primer año de la guerra, Michael se alistó en el Primero de infantería de Maryland, pero pronto la enfermedad puso fin a su servicio militar. Siendo un hombre inquieto y ávido de emociones, se apuntó al complot. Samuel Arnold, que tenía 31 años, conoció a Booth en 1848 cuando ambos eran estudiantes en St. Timothy’s Hall, una escuela masculina cerca de Baltimore. También se alistó en el Primero de Maryland en abril de 1861, pero fue licenciado en julio de 1861, igual que O’Laughlen, después de la batalla de Bull Run. La familia de Arnold era propietaria de una conocida panadería de Baltimore en la esquina de las calles Fayette y Liberty. En agosto de 1864 Booth escribió a Sam sugiriéndole que se encontrasen. No se habían visto desde 1852, hacía trece años. Arnold visitó a Booth en su habitación en el Hotel Barnum en Baltimore, donde el actor le ofreció vino y cigarrillos y le presentó a O’Laughlen. Arnold se unió a la conspiración. Pero Booth necesitaba reclutar más hombres. No podía limitarse a aquellos dos compañeros de infancia, cuya experiencia militar era muy escasa. Fue el conocer a John Harrison Surratt Jr. —un astuto correo del Servicio Secreto Confederado de 20 años que vivía en Washington en la pensión de su madre—, lo que le dio a Booth los hombres que necesitaba. Surratt había recorrido las rutas secretas rebeldes hasta el Sur y, si querían pasar a Lincoln a través de las líneas de la Unión sin ser detectados, su experiencia resultaba imprescindible. Surratt se sumó al complot a George Atzerodt. George, un inmigrante prusiano de 29 años, que bebía mucho y trabajaba como pintor de carruajes en Port Tobacco (Maryland), sabía de barcos y conocía las aguas del condado de Charles. David Herold, un asistente de farmacéutico de 22 años, que vivía con su madre cerca del Arsenal de la Armada en Washington, se unió también a la conspiración. Era un gran aficionado a la caza, adoraba el campo y conocía la zona a través de la cual deberían llevar al presidente. Lewis Powell, de 21 años e hijo de un ministro baptista, se alistó en mayo de 1861 como soldado en el Segundo de Infantería de Florida. Era un hombre atracti-

vo y musculoso, de metro ochenta de altura, que ejemplificaba lo mejor que el ejército confederado podía poner sobre el campo de batalla. Fue un soldado leal y obediente que combatió con valor. Vio mucha acción hasta que le hirieron e hicieron prisionero en Gettysburg, en julio de 1863. Puesto en libertad condicional, acabó en Baltimore, donde cayó en la órbita de Surratt y Booth. Powell tenía el tamaño y la fuerza necesarios para someter físicamente a Abraham Lincoln.

El 17 de marzo de 1865, Booth y sus cómplices planearon, como si fueran salteadores de caminos del siglo XVIII, emboscar el carruaje de Lincoln en una carretera desierta cuando volviera a la Mansión del Ejecutivo después de asistir a una representación de la obra *Las aguas tranquilas son las más profundas* en el Hospital Militar Campbell. Capturarían al presidente a punta de pistola y le retendrían como rehén. Todo estaba listo, pero resultó que las fuentes de Booth no eran buenas y Lincoln no asistió a la función. Increíblemente, mientras Booth y su banda estaban apostados en la carretera de la calle Siete en las afueras de la ciudad, a varios kilómetros de allí, en el centro de Washington, Lincoln pronunciaba un discurso en el mismísimo hotel, el National, en el que Booth se alojaba. Qué oportunidad se hubiera presentado de haberlo sabido, se lamentó el actor. Si tan sólo el plan de secuestro hubiera funcionado, no hubiera habido desfiles con antorchas, ni salvas atronadoras, ni grupos dándole la serenata a Lincoln en la Mansión del Ejecutivo, ni luces por toda la ciudad ni niños correteando por la calle con pequeñas banderitas de papel decoradas con barras y estrellas blancas, azules y rojas, e impresas con eslóganes como «Richmond ha caído» y «Celebramos la caída de Richmond». Podía —debía— haber evitado todo eso, se recriminaba a sí mismo.

Después de aquel absurdo fiasco, sus seguidores, presa del pánico, se dispersaron, pero Booth estaba decidido a intentarlo de nuevo. Los acontecimientos, sin embargo, se le adelantaron. Sólo dieciocho días más tarde cayó Richmond y, después de seis, se rendía Lee. Abatido, Booth se torturaba por no haber actuado con más decisión e incluso fantaseaba en voz alta que debía haber disparado al presidente en el Capitolio el 4 de marzo de 1865, el día en que juraba el cargo, un evento al que asistió con su prometida, Lucy Hale, hija del senador John Parker Hale. «¡Qué oportunidad más excelente tuve, de haberlo querido, de matar al presidente el día en que juró su cargo!», fanfaronó más adelante con un amigo.

El discurso de Lincoln del 11 de abril atizó su ira. La propuesta del presidente de conceder un sufragio limitado a los negros enfureció al actor, ferviente partidario de la supremacía blanca. Pero Booth no hizo nada. Si de verdad quería asesinar a Lincoln, todo lo que tenía que hacer era caminar hasta la

Mansión del Ejecutivo, anunciar que el célebre y talentoso actor John Wilkes Booth deseaba ver al presidente, esperar su turno —pues casi siempre se podía conseguir una audiencia privada con Lincoln—, y luego dispararle en su escritorio. Por increíble que parezca, la seguridad presidencial era muy laxa en esa época, incluso durante la guerra de Secesión, y prácticamente cualquiera podía entrar en la Mansión del Ejecutivo sin que le registrasen y pedir una breve audiencia con el presidente. Fue un milagro que nadie intentara asesinar a Lincoln en su propio despacho.

No hay duda de que Booth había fantaseado con asesinar a Abraham Lincoln. Pero ¿iba en serio o se trataba meramente de bravatas extravagantes e inofensivas? Jamás había matado a un hombre. ¿Sería capaz de hacerlo? El 13 de abril, la tarde del día de la iluminación nocturna de Washington, dio lo que podía ser el primer paso para resolver esa duda. Visitó el Teatro Grover, que junto con el Ford era uno de los dos establecimientos más populares de la ciudad. Preguntó al gerente, C. Dwight Hess, si había invitado al presidente a asistir a la representación de *¡Aladino!*, la producción en cartelera en esos momentos. No, se olvidó de hacerlo, contestó Hess, pero lo haría inmediatamente. Lincoln no acudió al Grover. Esa noche, Booth, como en tantas otras ocasiones, ahogó sus penas en alcohol, presenció la iluminación y, antes de derrumbarse en la cama, escribió una carta a su madre.

La banda de Booth no contaba con todos sus efectivos el 14 de abril. El correo rebelde John Surratt estaba en Elmira, Nueva York, y era imposible ordenarle que regresara en pocas horas. Surratt estaba fuera desde el 25 de marzo, día en que partió para Richmond. Los días de la Confederación estaban contados, pero el secretario de Estado confederado, Judah Benjamin, tenía una última misión para el correo: ve al Norte una vez más, cruza sin que te detecten el territorio de la Unión y luego la frontera con Canadá y entrega unos mensajes al general Edwin Gray Lee, primo de Robert E. Lee, y director de las operaciones de los Servicios Secretos Confederados en Montreal. Surratt partió de Richmond el 31 de marzo y el 6 de abril se presentó en St. Lawrence Hall, el cuartel general extraoficial de las operaciones secretas confederadas allí. Lee le encomendó a Surratt una nueva misión: ve a Nueva York a espiar el campo de prisioneros de guerra que la Unión tiene en Elmira. Era el 13 de abril y Surratt se pasó los siguientes dos días espionando y comprando. Dibujó planos detallados de la prisión, contó los guardias, detalló con cuantas armas cortas y cañones contaban y estimó el número de prisioneros. También halló tiempo para llevar a cabo una misión personal. Él, que era muy exigente con la ropa que llevaba —aunque no al mismo nivel que Booth—, visitó sastres en busca de trajes y camisas. El 14 de abril, mientras Booth planeaba el



asesinato, la mayor preocupación de Surratt era encontrar camisas blancas nuevas con las que alegrar su guardarropía.

Los amigos de infancia de Booth, Samuel Arnold y Michael O'Laughlen, tampoco estaban a mano para ayudar con el asesinato. Arnold había vuelto a su casa en Baltimore. O'Laughlen estaba en algún lugar de Washington, pero no bajo las órdenes de Booth. O'Laughlen había soportado la iluminación con unos amigos y luego se había ido a beber hasta hartarse. Pruebas posteriores sugieren que puede que se reuniera en secreto con Booth en el hotel del actor en algún momento entre el trece y el catorce.

Presentes en la casa Herndon estaban Lewis Powell, David Herold y George Atzerodt. Booth había instalado a Powell en Herndon y envió a Herold al Kirkwood, el hotel de Atzerodt, para que lo convocara a una reunión. Antes de regresar a Herndon, Herold subió a la habitación de Atzerodt y dejó allí un revólver, un cuchillo y un abrigo. Luego ambos hombres se reunieron con Booth y Powell. Booth habló en tono secreto, casi susurrando. Lo que decían no debía oírlo nadie ni en los pasillos ni en las habitaciones adyacentes. La causa estaba casi perdida, declaró Booth. Capturar al presidente ya no bastaría para dar la vuelta al rumbo de la guerra. Hacía falta algo mucho más atrevido, algo tan audaz y que causara tal conmoción, que nunca antes se había atrevido a pensarlo. Su objetivo no sería sólo el presidente Lincoln, sino también el vicepresidente Andrew Johnson y el secretario de Estado William H. Seward. El secretario de Estado no era, tras el vicepresidente, el siguiente en la línea sucesoria de la presidencia. Pero a Seward, ferviente abolicionista, se le consideraba la poderosa herramienta que Lincoln utilizaba para ejecutar sus políticas, y para ello recurría a la supresión de cualquier disidencia, la suspensión del derecho de *habeas corpus* y al encarcelamiento sin juicio previo de varios miles de ciudadanos sospechosos de deslealtad a la Unión. Booth había pensado también en matar al general Grant, pero por desgracia éste había cancelado su cita con el presidente. Es más que probable que Booth le contase a su banda que había visto a los Grant marchándose en su carruaje esa misma tarde hacia la estación de tren. Quizá fuera lo mejor, pues seguramente al general lo hubieran acompañado toda una serie de oficiales, mensajeros y otros ayudantes. No, Booth les explicó a sus cómplices, que no iban a raptar a Lincoln, Johnson y Seward. ¿Cómo podía una banda esquelética de sólo cuatro conspiradores secuestrar a la vez a tres hombres en distintas partes de la ciudad?

Pero, aun así, tenía los hombres necesarios para cumplir otra misión. «Booth propuso», recordó Atzerodt, «que matáramos al presidente». Sería, les dijo, «lo más grande del mundo». Esa noche, exactamente a las 22.00, ata-

carían simultáneamente, y matarían a Lincoln, a Johnson y a Seward. Armado con un revólver y un cuchillo, la misión de George Atzerodt era asesinar al vicepresidente en su residencia en el Hotel Kirkwood. «Debes matar a Johnson», le dijo Booth. Powell, también armado con un revólver y un cuchillo, mataría al secretario de Estado mientras dormía en su mansión. David Herold acompañaría a Powell, le guiaría hasta la casa de Seward y luego conduciría al asesino, que no conocía bien la ciudad, en su huida para salir de Washington. Booth reclamó para sí mismo el premio principal. Se colaría en el Teatro Ford y asesinaría al presidente durante la representación de la obra. Powell y Herold, los dos sirvientes más leales de Booth, se mostraron de acuerdo con el plan. Atzerodt se dio cuenta que Powell «tenía una mirada de loco». Atzerodt protestó ante su misión. Se negaba a hacerlo, dijo. «Entonces», le contestó Booth, «lo haremos nosotros solos, pero ¿qué va a ser de ti?» El secuestro era una cosa y el asesinato otra muy distinta. Booth le amenazó, haciéndole ver que más valía que lo hiciera porque, de lo contrario, de todas formas se vería implicado en la trama y le colgarían por ello. El actor le dijo que «si no lo hacía, sufriría por ello» y le aseguró que le volaría la cabeza si se negaba. El alemán no lo sabía, pero Booth les había implicado a todos varias horas antes cuando había entregado la carta sellada a John Matthews. En su carta al *National Intelligencer*, no sólo justificaba el triple asesinato, sino que, en las firmas de la carta, daba los nombres de sus cómplices:

Durante mucho tiempo he dedicado mis energías, tiempo y dinero a conseguir cierto fin. No lo he logrado. Ha llegado el momento en que debo cambiar mis planes. Muchos me criticarán por lo que voy a hacer, pero la posteridad, estoy seguro, me justificará. Hombres que aman a su patria más que al oro y a la vida.

JOHN W. BOOTH, PAYNE, HEROLD, ATZERODT

Las reticencias de Atzerodt ponían en peligro toda la empresa. Si alertaba a las autoridades al finalizar aquella reunión, Booth, Powell y Herold estarían acabados. Los marcados para la muerte se rodearían de guardias y se daría caza a los conspiradores. «Será mejor que traigas tu caballo y me acompañes», le sugirió Booth. Con eso se dio por finalizada la reunión.

En la Mansión del Ejecutivo, los Lincoln iban retrasados. Ya eran más de las 20.00 y todavía no se habían subido a su coche. Cuando el telón se levantó en el Ford, el cochero, Francis Burke, y el ayuda de cámara, Charles Forbes, seguían esperando en el carruaje. El paseo en coche que habían dado los Lincoln

esa tarde había frustrado a varios políticos que querían ver al presidente y que aprovechaban ahora para reunirse con él.

En las horas anteriores Lincoln se deleitaba por haberse librado de aquellas reuniones y de todas las obligaciones de su cargo. Fue uno de los días más felices de su vida. Durante el desayuno, Robert, su hijo mayor, regaló los oídos de sus padres con sus observaciones personales sobre la rendición de Lee. Lincoln se sentía más optimista que durante ningún otro momento de su presidencia. Esperaba más buenas noticias del general Sherman referentes a la prevista rendición del ejército del general confederado Joe Johnston.

Pero primero quería ir a pasear con Mary. Había concertado la cita dos días antes, cuando le envió una nota «escrita desde su oficina [...]; unas pocas líneas, tiernas y juguetonas, notificando la hora y el día en que *él* me iba a llevar de paseo en carruaje». La guerra había aumentado la distancia entre el matrimonio. El Washington oficial, muy influido por el Sur, la había considerado desde el principio una intrusa y una recién llegada del oeste, a pesar de que procedía de una familia aristocrática que poseía esclavos. Llevaba consternada por el dolor desde la muerte del hijo favorito del matrimonio —William Wallace Lincoln, «Willie», de 11 años— en febrero de 1862, y había caído bajo el influjo de médiums y espiritistas, que realizaban sesiones de espiritismo en la Casa Blanca. El presidente, que se burlaba de su fascinación por el mundo de los espíritus, asistió en una ocasión a una de sus veladas sobrenaturales. Bastó con eso para que un editor de música se lanzara a publicar una partitura paródica titulada «Polka de la oscura sesión de espiritismo», en cuya cubierta se veía una sesión de espiritismo en la Mansión del Ejecutivo en la que toda clase de objetos volaban por los aires. Mary era una buena mujer, pero sus críticos preferían cebarse en sus excentricidades —su hábito de comprar cosas caras, tanto para sí misma como para la Casa Blanca, y su temperamento celoso y explosivo—, en lugar de alabar sus buenas obras hacia los soldados o su absoluta lealtad a su marido, a la libertad y a la Unión. Y las exigencias de la guerra habían sido tan grandes que el presidente pasaba cada vez menos tiempo con ella.

Lincoln sabía que debía cambiar ese estado de cosas. Quería hablar con Mary sobre su futuro. La acompañó al carruaje abierto y antes de que el cochero arrancara, ella le preguntó si alguien les iba a acompañar en el paseo.

—No —contestó él—. Hoy prefiero que vayamos solos.

La alegría de Lincoln era irrefrenable. Mary Lincoln ya la había notado en su reciente crucero por el río. «En el Potomac estaba contento como un niño y me recordó su carácter de antes, lo que siempre he recordado de él, cuando estábamos en nuestra casa, libres de preocupaciones y rodeados por aquellos a los que tanto amaba y que le idolatraban.»

Ahora, durante su paseo en carruaje vespertino, Mary le habló sobre lo feliz que parecía.

—Querido marido, casi me asombra tu gran alegría.

—Es que estoy muy contento, Mary —contestó el presidente—. Considero que *boy* la guerra ha llegado a su fin.

—*Ambos* debemos estar más alegres en el futuro. Entre la guerra y la pérdida de nuestro querido Willie, los dos hemos sido muy desgraciados.

Durante su tranquilo paseo, que les llevó, entre otros sitios, al Arsenal de la Armada cerca de Capitol Hill,\* donde inspeccionaron un *ironclad* (barco blindado), el monitor *Montauk*, el presidente le dijo a su mujer que debían intentar volver a ser felices. Que le gustaría ver el Océano Pacífico. Que quizás al finalizar su segundo mandato podrían mudarse a Chicago, donde él volvería a practicar su oficio. Liberado de las vejaciones de la guerra y la muerte —no volvería a enviar ejércitos de hombres jóvenes a la batalla—, Lincoln soñaba con el futuro. Sí, serían felices de nuevo. Más adelante, Mary recordó: «Nunca lo vi más absolutamente feliz que el viernes. Estaba casi juguetón».

En el parque Lafayette, cerca de la Casa Blanca, el mayor Henry Rathbone y su prometida, Clara Harris, esperaban a sus anfitriones en la residencia del senador Harris, en la confluencia de las calles Decimoquinta y H. Los Lincoln habían prometido recogerles de camino al teatro, pero ya llegaban casi veinte minutos tarde. El mayor y la señorita Harris esperaban que el presidente no se hubiera olvidado de ellos. Entonces, cerca de las 20.20, apareció el carruaje. La popular pareja de jóvenes, aunque conocidos de los Lincoln, no fueron su primera elección. Después de que los Grant cambiaran sus planes, los Lincoln invitaron a varias personas a que se les uniesen en su visita al teatro, pero todas rechazaron. Finalmente, se decidieron por Rathbone y Harris, quienes, ignorando cuántos habían declinado la invitación antes que ellos, aceptaron encantados. Las dos parejas conversaron alegremente durante en el trayecto de diez minutos hasta el teatro, recordó la señorita Harris, en espíritu de una semana feliz y de celebraciones: «Llegaron a nuestra puerta del mejor humor y seguimos charlando durante todo el camino». En el Ford, la gerencia decidió no esperar al grupo del presidente para abrir el telón y la función empezó sin ellos.

El doctor Charles Leale también iba retrasado. «Después de terminar mis deberes diarios en el hospital, le dije al director de mi pabellón que me ausen-

\* Barrio residencial, uno de los más antiguos de Washington, situado al este del edificio del Capitolio. (N. del t.)

taría durante unas pocas horas [...]. Me vestí con ropa de civil y fui corriendo al Teatro Ford.» Leale esperaba estar a tiempo de comprar una buena localidad. «Llegué al teatro tarde, a las 20.15, y pedí una butaca en los palcos desde donde pudiera ver a los ocupantes del palco presidencial [...]. Como la sala estaba llena, la última butaca libre estaba en la platea. Fue una gran desilusión, pero acepté esa localidad, que estaba cerca del escenario en el mismo lado y a unos doce metros del palco del presidente.»

Finalmente, el empleado del Ford que vigilaba la entrada vio doblar la esquina de la calle Décima al gran carruaje negro. El coche redujo la velocidad y se detuvo junto a la plataforma elevada de madera frente al teatro que se había construido especialmente para ayudar a que los espectadores que venían en carruaje pudieran entrar y salir de sus vehículos sin tener que pisar el barro de la calle. Los Lincoln, Rathbone y Harris bajaron y el ujier les escoltó a través del vestíbulo, la escalera de caracol y pasillo de platea hasta sus localidades. La entrada de Abraham Lincoln en el Teatro Ford a las 20.30 del 14 de abril de 1865 fue majestuosa en su simplicidad. Llegó sin séquito alguno, sin guardias armados y sin que se hiciera ningún anuncio al público.

Antes de que el grupo del presidente llegara al palco, los actores, músicos y espectadores se dieron cuenta de que los Lincoln habían llegado. El público gritó y jaleó. Los actores interrumpieron la representación. El director de la orquesta, William Withers, estaba deseando dirigir a sus intérpretes en una canción patriótica especial, «Honor a nuestros soldados», que había compuesto especialmente para la ocasión. Eso vendría después. Ahora, dirigió a su orquesta en una emocionante interpretación de «Hail to the Chief». El público se volvió loco de emoción.

Charles Leale llegó a tiempo de presenciarlo todo: «Muchos entre el público se pusieron en pie llevados por el entusiasmo y vociferaban gritos de júbilo mientras miraban en derredor». Leale también se levantó y vio a Abraham Lincoln en pie cerca de él. «Al girarme vi en el pasillo, a poca distancia tras de mí, al presidente Lincoln, al mayor Rathbone y a la señorita Harris. La señora Lincoln sonreía henchida de felicidad ante aquel leal recibimiento, hizo varias graciosas reverencias y parecía rebosar gratitud y alegría.» Pero era al presidente a quien Leale quería ver. «Tuve la oportunidad de ver perfectamente la cara del presidente, pues la luz la iluminaba directamente. Después de caminar unos pocos pasos se detuvo unos instantes, miró al pueblo que amaba y aceptó su saludo con una solemne reverencia.»

En el momento supremo de la victoria jaleaban a su Padre Abraham, al hombre que, tras un comienzo accidentado en el cargo, había aprendido a dirigir ejércitos, había crecido en visión de futuro y elocuencia, había acabado

con la esclavitud y quien, tan sólo seis semanas antes, había pronunciado el discurso inaugural más elegante y emotivo de la historia de la presidencia de Estados Unidos. Aclamaban a un hombre que, como había prometido, había salvado a la Unión. Lincoln se puso en pie en su palco e hizo una reverencia a los espectadores del teatro.

El homenaje espontáneo, la orquesta, el siseo de las luces de gas, el teatro repleto, el tenue olor fresco y húmedo de la primavera en el aire, las recientes buenas noticias del frente... todo se combinó para crear un momento mágico. «El presidente», recordó Clara Harris, «fue recibido con el mayor entusiasmo».

James Ferguson no estaba tan impresionado. Había visto a Lincoln antes. ¿Dónde estaba el hombre que Harry Ford le había prometido que estaría allí, el hombre al que había acudido a ver? «Supuse que probablemente Grant se había quedado fuera para no crear alboroto en el teatro, que entraría solo más tarde y que iría directamente al palco.» Ferguson tenía tantas ganas de ver al general que, durante la siguiente hora y media, pasó tanto tiempo mirando el palco del presidente como viendo lo que sucedía sobre el escenario. «Me propuse verle como fuera [...], así que me fijé en todo el mundo que pasaba por esa parte del pasillo de platea hacia el palco.» Nadie, se prometió a sí mismo, iba a entrar a ese palco sin que él lo viera.